

UNA LECTURA HEIDEGGERIANA DE PAULO FREIRE Y EDGAR MORIN

A HEIDEGGERIAN READING OF PAULO FREIRE AND EDGAR MORIN

Franca Iannarella. Universidad Central de Venezuela
francaiannarella@gmail.com

RESUMEN

En este ensayo me dediqué a exponer ciertas reflexiones acerca de mi lectura de algunos pasajes de *Consideraciones en torno al acto de estudiar*, de Paulo Freire, y de *Herencias del siglo XX*, de Edgar Morin. El objetivo de este texto es asomar algunas premisas derivadas de una visión, desde la influencia de los textos de Heidegger, de los escritos de estos autores. Los textos del filósofo alemán han tenido gran repercusión en la historia de la filosofía, y no menos, en mi experiencia filosófica. Dado que según Armando Rojas Guardia, el ensayo es "la fiesta subjetiva del concepto", he querido hacer gala de las nociones que han permeado mi perspectiva de las cosas, en estos últimos años.

Palabras claves: Acto, physis, aletheia, mundo

ABSTRACT

This essay pretends to explore some insights taken from the reading of Freire's *Act of Study* and Morin's *Herencias del Siglo XXI*. The aim of this work is to expose some relevant ideas extracted from those books and their relationship with Heidegger's influence. The texts of this German philosopher, Heidegger, have gotten a broad impact in Philosophy as in this essay author's thinking. Quoting Armando Rojas Guardia referring to the essay as "the subjective feast of concept", it was meant for this text to be a fest on thoughts which have touched the way I see things in the latest years.

Key words: Act, Physis, Aletheia, world.

Puedo ver en el título del ensayo de Freire: *Consideraciones en torno al acto de estudiar* (CA, en *La importancia de leer y el proceso de liberación*, México: Siglo XXI, 2004, 47), una luz heideggeriana; específicamente en la palabra “acto”, que paradójicamente, habla acerca de una actividad teórica, aparentemente pasiva —el estudio—, como algo que acontece: con Heidegger, el mundo acontece en el lugar en que un libro se abre, en sentido literal y figurado; porque en su abrir, hace lugar al mundo que con él adviene, al mundo que se abre en medio de la cotidianidad. Dije que veo una luz, además, pensando en la palabra griega *physis*, cuya acepción más popular es la de naturaleza, pero la más elemental es aquella de “salir a la luz de”, surgir, emerger, nacer. Al respecto, hago referencia a estas acepciones en mi trabajo de grado (*Physis, arte y Dasein. Una aproximación a la noción de sentido en El origen de la obra de arte y Ser y tiempo*, Caracas: 2011, 109 - 111).

Así, a partir de la palabra acto, voy pensando en otras más: evento, comprensión, verdad; y recordando la del final de la lectura de CA, “desvelamiento”¹, pienso en descubrimiento, y otra vez, con Heidegger, en la verdad como *aletheia*, “desocultación” del ente. Y, claro, otra vez en *physis*, que en su iluminarse, oculta al mismo tiempo otras partes de sí. A partir de esta última palabra, voy imaginando los mundos posibles que surgen en el estudio de cualquier asunto general o particular, de cualquier ámbito del saber, de cualquier disciplina o rama del conocimiento. Aquí la imaginación está al servicio del provecho de la lectura, y no se trata de la creatividad de la que habla Freire, una que acude como cómplice de “la fuga del texto”. La imaginación siempre es un viaje frustrado hacia la infinitud, desde mi finitud: no puedo imaginar un infinito de mundos, porque esto rebasa los límites de mi condición racional. Pero sí puedo soñarlos, ensoñarlos, seguirlos como se siguen los buenos libros, los buenos ejemplos, adoptarlos como a las mascotas, a los buenos amigos, a los amores. Adherirme a ellos como una función casi toca la coordenada, describiendo una asíntota: una recta que tiende, anhela llegar a la infinita recta cartesiana, pero que jamás la toca, y es consciente de su realidad. Y claro que nosotros podemos alcanzar nuestros sueños, pero yo aquí me refiero a los sueños como las distintas facetas, los matices de los mundos que emergen y dentro de los que nos sumergimos al navegar en la lectura; los paisajes y sabores ante los que nos rendimos entre los infinitos mundos. Cuando el texto me seduce, me adhiero a él como lo hago con mis objetos de valor personal. Lo vivo, convivo con él, de él, lo uso, lo

1 «Se impone, por el contrario, la insistencia en la búsqueda de su desvelamiento.» CA, 53.

asumo en mi cotidianidad. Me levanto con él, lo saludo por las mañanas, desayunamos. Charlamos. Siempre discutimos, porque la discusión es un diálogo que nos da muchos buenos frutos: recrea² otros mundos, y lo mejor es que estos mundos siempre son variados y variantes, y aunque siempre son constantes, nunca son definitivos.

La consciencia de lo anterior no basta para que el mundo en el libro acontezca. Para que nazca un mundo, así como para que nazca un bebé se necesitan, al menos, dos: el texto y su lector. Y es necesario todavía más: llevar esta consciencia al acto del estudio como tal. Es verdad lo que dice Freire, «que el acto de estudiar, en el fondo es una actitud frente al mundo» (51), y que por eso la experiencia de estudiar no se reduce a las relaciones sujeto - objeto «Ésta es la razón por la cual, el acto de estudiar no se reduce a la relación lector- libro, o lector texto» (*Ídem*). Pero es mucho más que eso: sí, partimos de una actitud frente al mundo pero no para quedarnos en ella porque en el actuar en el mundo lo hacemos nuestro. Somos del mundo, nos perdemos y encontramos en el estudio, lo vivimos, tenemos experiencia de él en el texto. En él, los mundos están ahí para nosotros: brillantes, amables y tentadores, y a la vez tan vulgares y corrientes como un lápiz, un bolso o un jarrón. Esto cuando no somos capaces de ver los mundos en el estudio, y entonces se nos aparecen como simples cosas: cuando duermen en la indiferencia de nuestra imaginación, racionalidad y sentimiento. La “materia de vida” que nos brinda el libro es tan densa y a la vez tan fluida, que el lector tiene experiencia del tránsito de tener una cierta o determinada actitud frente al texto —tal vez bastante ajena—, a ser cómplice de él, a vivirlo. Emprende un viaje, con Heidegger, de lo inauténtico a lo auténtico. Ante nuestros ojos, el texto se mezcla con la vida, y es una y la misma. El texto se “desoculta” ante nosotros, pero siempre estaba ahí, en la ocultación de su obvia condición de ser, de ser cosa, de existir.

Freire insiste en que «los libros en verdad reflejan el enfrentamiento de sus autores con el mundo» (51): otra forma de hablar de la actitud ante el mundo. Aunque comprendo lo que quiere decir nuestro pensador, no me gusta mucho la palabra “enfrentamiento”, pues retumba en mis oídos como disputa, lucha, combate. Aunque la vida es también todo esto, ¿por qué resaltar el aspecto de la lucha, en detrimento de otras visiones de la vida que son más positivas, más constructivas, amables

2 «Estudiar es una forma de reinventar, de recrear, de reescribir, tarea de sujeto y no de objeto.» CA, 49.

«Estudiar no es un acto de consumir ideas, sino de crearlas y recrearlas.» CA, 53.

o amigables, más felices? Pero también es verdad que el texto, ya en sí mismo, en su seno, abriga, alberga la lucha, en aras de su armonía. En el texto habita la tensión, la dialéctica. Es inherente a él, pertenece a su naturaleza. Es un juego de fuerzas, contenidos, voluntades que interactúan. Un universo de letras que juegan al sentido.

Ahora bien, la Real Academia Española nos dice que la palabra “enfrentamiento” también tiene la acepción de, simplemente, “poner cara a cara”. Y en este sentido, siguiendo mi intención de hacer una lectura heideggeriana de Freire y Morin, es deseable adherirme a este vocablo, si pienso en el “estar arrojado al mundo”, del *Dasein*, en el “estar ahí”. El *Dasein* está proyectado al mundo, y en este sentido, enfrentado a éste.

Por otra parte y sin duda, en su potencia de expresión, los libros reflejan posturas, creencias, deseos, actitudes, sueños, proyectos, mundos posibles e imposibles, utopías... Reflejan, sí, —admitámoslo— un enfrentamiento con el mundo, si pensamos el verbo “enfrentar” —después de Heidegger y con él— en alguna acepción más optimista, como una toma de posición, una decisión, una postura ante el mundo, que es también una toma de posesión, en tanto que en mi interpretación del mundo, lo hago mío. Y el enfrentamiento no es sólo de los autores, sino también de los lectores cuando hacen suyo el contenido de los libros.

No obstante, y después de las anteriores disertaciones, usaré —ahora no con tanto disgusto— la palabra de Freire. Los libros reflejan un enfrentamiento con el mundo. Lo digo así, pues también considero que el lenguaje está a nuestro servicio, que se crea y se recrea, que se expande, se flexibiliza ante nuestras necesidades. Está al servicio de éstas, y que el uso de ciertas palabras en preferencia de otras tiene que ver, entre otras cosas, con el carácter del autor.

Los reflejos de los libros se dan en dos momentos: al inicio, y vienen, surgen, nacen con la motivación de lectura; y al final, como expresión —o más bien un intento en última instancia, vano— de expresión, precedido por el propio acto de leer, que sí es lo más importante: más que revelar, reflejar, proyectar, expresar una actitud; el estudio ofrece una experiencia privada, exclusiva, personal de la sensibilidad y la razón: el mundo que acontece en el texto donde para compartirlo mediante el lenguaje, siempre hallamos un límite, el límite del sentido, el de la imposibilidad de expresión absoluta de la palabra. Los libros expresan este estar-en-el-mundo, este modo de ser en él, usando las palabras de

Heidegger, o mejor, este modo de “ser del mundo”, ahora en palabras de Merleau-Ponty: al expresarlo, expresan también al sujeto que lee; este ser que ahora —en el momento de la lectura— es el mundo, del mundo, el lector que se relaciona con el mundo que es el texto, donde pernocta y a veces fija su residencia. El escritor, el lector, es un habitante del texto, y con éste, de los infinitos mundos que surgen y se recrean, *ad infinitum*, en él y con él.

Si ya he dicho que el texto se mezcla con la vida haciendo mundo, la verdad es la de cada quien, en tanto es su visión y actuar en el mundo: su realidad. De manera que difiero de Freire, para quien «aun cuando los autores huyan de la realidad concreta estarán expresando su manera deformada de enfrentarla» (Ídem). ¿Cuál es, para Freire, la realidad concreta? No hay algo tal como una realidad a la que puedo acercarme con una visión deformada. Las visiones de cada subjetividad son distintas y siempre verdaderas, en tanto propias. Además, me surgen preguntas... ¿qué autoriza a Freire el decir que enfrentar algo lleva, en sí, una deformación? Cada quien enfrenta las vicisitudes, problemas, contingencias o realidades de la vida como puede, según su aprendizaje, capacidades, historia de vida y *Weltanschauung*; es decir, según su cosmovisión. Entonces, ¿no puede ser una forma lícita, válida, de enfrentar la realidad, el hecho de escribir? ¿Por qué no podría ser de esta manera?.

Por otra parte, ¿escribir no es, tal como lo dice Freire del acto, también un acto? Si estudiar es un acto y escribir es tan afín a estudiar o más bien, escribir es una forma de estudiar y con el estudio, con el acto de estudiar se hace patente el mundo, un mundo... no veo por qué, con escribir, no podría también hacerse patente el mundo. No sería mi mundo ni el de usted, lector, pues ahora yo soy autora de este ensayo, y en mi inmediatez en el escribir, en este acto mío, mi mundo no es todavía lo suficientemente translúcido a mí misma. Paradójicamente, se me oculta a mí misma, a medida que lo expreso, a medida que se “desoculta” a los demás. No es todavía su mundo, pues usted ahora es lector de este ensayo, y por eso puede ir apropiándose de cada una de estas palabras, a medida que vayan adquiriendo sentido, a partir de sus nuevas interpretaciones; y así, poco a poco va apropiándose de éstas, con sus nuevos matices personales. Y yo, con la distancia que me da la lectura de mi texto, una vez finalizada su escritura, puedo ver el mundo mío: el mundo que se proyectaba desde mí, pero que era algo opaco a mi visión. En síntesis, usted y yo podemos hacer nuestro el mundo que

alguien, con su escritura, nos proponga. Y este alguien puede ser usted o yo. No necesito ser otro para avizorar mi mundo: las palabras, el *logos*, demarcan este camino de la experiencia del ser.

Freire no se da cuenta de que con su afirmación —parfraseándolo— de que “cuando los autores huyan de la realidad concreta, expresarán su forma deformada de enfrentarla”, está contradiciendo, negando, echando por tierra su hermosa teoría del estudiar que tantas reminiscencias heideggerianas evoca, invoca. Esto es así, precisamente, por lo que antes apuntaba, de que escribir es estudiar. Escribir es, sin más, un modo de estudiar, en tanto el escribir está presente en el estudiar: en el texto que leo, que estudio, hay letras. Hay escritura. Están las letras, que son los pensamientos tangibles de alguien que ha interpretado un fragmento o una instancia del mundo, y la ha “desocultado”, poniéndola ante nuestros ojos.

Es importante resaltar que Freire no solo está negando sus premisas acerca del acto de estudiar, a la luz de la filosofía de Heidegger, sino dentro de los propios cimientos de su pensamiento. Fue precisamente Freire, con la obra que cito en mis presentes reflexiones, quien me remitió al filósofo de Messkirch, y no al revés.

Freire olvida, en sus *Consideraciones en torno al acto de estudiar*, al escritor del libro en el que el lector realiza el acto de estudiar. Se trata, simplemente, de invertir la relación, de colocarse en la posición de la contraparte, de invertir los roles. En colocarse en el lugar del otro hasta las últimas consecuencias —por qué no, al estilo de Lévinas—. Echando mano de esta sencilla función de imaginación, podemos ver que el acto de estudiar y el acto de escribir son una cosa y la misma. Así, y de ahora en lo sucesivo, leeremos o entenderemos estas consideraciones desde dos puntos de vista o visiones de la realidad, simultáneas: autor y lector. Dicho en otras palabras: escritor y estudiante.

Los libros, en su expresión latente, acechante, constante, paciente, pasiva y a la vez tan activa, hacen mundo al romper, con su expresión, con el acto de la lectura, las relaciones temporales y espaciales, instalando un viaje en el texto, un paisaje, un panorama que se proyecta en función de los deseos, necesidades y metas del escritor y sus lectores. Con un libro me pierdo en el mundo, pero este perderme no implica riesgo: el libro es mi casa, me cobija, me protege, me alberga, me resguarda. En este confort que me brindan mis cómplices de vida, y — ¿por qué no? — mis amuletos, y siguiendo el hilo de Freire en la lectura que me ocupa,

comparto con ustedes, mis apreciados lectores, la referencia de cinco libros de Martin Heidegger que han influido en mí en estos últimos años: *El origen de la obra de arte*, *Hölderlin y la esencia de la poesía, ¿Y para qué poetas?*, *Introducción a la metafísica* y *Ser y tiempo*. Las visiones del mundo, en *El origen de la obra de arte*, arrojan mucha luz a las aparentemente rígidas líneas de *Ser y tiempo*. Con ésta mi experiencia de investigación, en sintonía con el autor que durante mucho tiempo estuve leyendo: Heidegger. Me mantuve sobre todo fiel, en el sentido de estar en una actitud de espera de la escucha del texto y del acto que de él se desprende, de lo que en él y con él sucede; de cómo las palabras actúan haciendo mundo: es la escucha del texto que el mismo filósofo y sus escritos nos sugieren, nos proponen.

La experiencia que es el pensar, y con el pensar, la experiencia que es el acto de estudiar y de escribir es, para el llamado Heidegger posterior, el ser de la obra de arte. «El ser es presencia en la poesía y en el arte en que creemos» (George Steiner, *Heidegger*, Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1999, 25). Nuestro autor llama pensar a incluir el ser dentro del lenguaje: “desocultarlo”. Pero más que una inclusión, es una legitimación. El ser ya habitaba allí, pero se encontraba oculto, aunque en última instancia, siempre quede en esta “ocultación”; aunque no pueda “desocultarse” plenamente.

Desde *Ser y tiempo*, Heidegger nos insta a permanecer en la luz del ser, mediante la escucha; y en *El origen de la obra de arte*, mediante la frase «no tenemos por qué exigir ni preparar este encuentro inmediato con las cosas, ya que viene ocurriendo desde hace mucho tiempo» (En *Caminos de Bosque*, Madrid: Alianza, 1998, 17), nos dice que siempre nos hallamos en esta luz del ser.

Para Freire y Heidegger, la experiencia de estudiar tiene relevancia y primacía en la pregunta. Para Heidegger, en cuanto a la pregunta por el ser, por su sentido, se trata de vivir auténticamente, aprovechando el claro del ser en medio de la cotidianidad: viendo lo extraordinario de la existencia en lo corriente, en lo familiar, llevándonos al asombro típico de los niños y de la filosofía, haciéndonos despertar al sentido; aunque esto implique enmudecer ante su inefabilidad. Freire resalta la pedagogía de la pregunta como estrategia para una educación crítica, en la misma línea de Heidegger, pues su existencia auténtica es análoga a un espíritu crítico capaz de generar teorías y prácticas pedagógicas acordes con el devenir de los tiempos y sus necesidades. Aquí se torna evidente

la categoría de historicidad, que estudiamos con Zemelman, donde lo relevante es la historicidad y no la historia; es decir, las preguntas que cada tiempo nos propone, y cómo nos proyectamos a futuro, en función de ellas, para cambiar el estado de cosas.

Herencias del siglo XX, de Morin nos hace reforzar y sensibilizarnos con la consciencia holística de los nuevos tiempos, cónsona con la noción alemana *Aufheben*, que significa “superar conservando”, y que se ha trasladado favorablemente a todos los ámbitos de la vida, gracias a lo que este autor ha denominado pensamiento complejo. La filosofía puede verse como el pensamiento complejo en cuanto tal, como una cosa y la misma: la posibilidad de considerar las paradojas como el sentido de las cosas, la inclusión de todas las perspectivas, sin que esto redunde en sinsentidos o contradicciones.

La filosofía en tanto disciplina holística, tiene ante sí, en última instancia, todos los desafíos que un ser humano pueda plantearse. Pero esta misma autoridad y autonomía la autoriza a pensar la realidad en parcelas del conocimiento y por ello, a delegar estos retos a otras disciplinas temáticas. ¿Qué le queda a la filosofía? La labor, a la luz de Heidegger, de saber plantearse las preguntas que cada tiempo le va dictando, las preguntas pertinentes e importantes, dejar abierto el diálogo con el mundo, la espera de la escucha de respuestas, aunque éstas no sean nunca definitivas ni satisfactorias: respuestas precisas podemos hallarlas, por ejemplo, en la biología o en la matemática, pero no en un ámbito del pensar, donde una respuesta es al mismo tiempo pregunta, una pregunta *ad infinitum*, constantemente recreada. Si no fuera así, la filosofía sería cualquier otro saber menos filosofía, porque tendría un punto final, un discurso cerrado, definitivamente conclusivo, sin posibilidades de renovarse.

En este sentido, es infinita la potencia vital de la filosofía, y su ámbito teórico de acción. A propósito, un gran desafío que se le plantea a sí misma es el de no quedarse encerrada en su torre de marfil, en las aulas de clase o en las revistas y discusiones académicas. La filosofía tiene el reto de ser más asequible a la sociedad, al hombre en general, que pueda servirse de su riqueza para engrandecerse y con esto, hacerlo más digno del planeta Tierra, dignificando su propia vida.

¿Por qué la filosofía ha de tener esta inquietud y orientación? Porque el placer de conocer, propio de quien ama la filosofía, llega a un límite cuando no puede ser compartido. Y por ello los que hacemos filosofía

tenemos una vocación de educadores. Tenemos voz, cobramos vida al querer que los demás puedan ampliar sus horizontes de comprensión del mundo, al notar que tenemos muchas cosas que aportar a los demás, para lograr un mejor clima de relaciones humanas y una mejor relación de la persona consigo misma. Y tal vez nuestras motivaciones sean más fuertes ante la facticidad en que se pueden trocar nuestros conocimientos y teorías: si el otro es receptivo con respecto a nuestras ideas, estaremos muy satisfechos de ver materializados y con éxito nuestros consejos, fundados en las reflexiones que otrora nos hicieron encerrarnos por horas y horas ante un libro o un computador, o ambos, para no hablar de épocas anteriores, citando, de nuevo, la célebre frase “torre de marfil”.

El filósofo sufre mucho el exilio de su disciplina, el drama de una carrera que lo abarca todo, todas las disciplinas o áreas del conocimiento —la madre de todas las demás ciencias, dicen por ahí— y que aparentemente, “no sirve para nada, es conocimiento inútil”. Lo coloco entre comillas porque lo he escuchado tanto, que ya lo incorporé a la falsa sabiduría o cultura popular.

Acabo de presentar una paradoja que a primera vista vería alguien involucrado con el pensamiento complejo; unas premisas que son incluyentes. Podemos ver paradojas en todas las cosas en las que centremos nuestra atención, pero no hemos de verlas como obstáculos, sino como perspectivas; no obstante contradictorias, incluyentes, a la vez coherentes con la profundidad de un pensamiento que se está transformando en una nueva consciencia.

Hallamos otra paradoja en la economía, más específicamente en la empresa que es un sistema complejo donde podemos ver en pequeña escala el problema del hombre y la técnica. La empresa representa y refleja una visión de mundo capitalista, y con ella, la socialista, por ser su contraparte. Ambas coexisten, y no existe una sin la otra: para que el capitalismo sea tal, ha de distinguirse mediante otro sistema opuesto a éste. Así, la oposición no es destructiva, sino que afirma a cada sistema en su naturaleza.

La empresa es una excelente muestra de la complejidad, no sólo de visiones socio-políticas, sino del ser humano, de la correlación que existe entre causas. No podemos adjudicar a una sola causa una situación o hasta un simple efecto. La empresa nos brinda un ámbito ideal de reflexión para aplicar el pensamiento complejo, que es conciliatorio,

constructivo. Es notoria la influencia del pensamiento complejo en el ámbito empresarial donde esta nueva consciencia ha brindado un sinnúmero de herramientas que permiten una vida laboral sana y creativa, que siempre está renovándose y al día con las necesidades de cada contexto espacial o temporal. Las organizaciones que han adoptado esta visión, que es también una actitud ante el mundo, son conscientes de que la clave está en la buena administración de sus recursos humanos, que redundará en el buen manejo de los recursos financieros y técnicos, y no al revés. Lo inverso sólo contribuiría a nuestra paulatina autodestrucción: para nadie es un secreto, y menos para Heidegger, que la técnica es aplastante, con sus avances a pasos agigantados y la poca cordura con la que el hombre presencia y hace uso de este avance acelerado.

El pensamiento complejo encierra paradojas que constituyen las tensiones esenciales de todo sentido del mundo. Aristóteles nos propone el justo medio, la templanza, la prudencia en el quehacer cotidiano; y esta moderación es la que se hace presente en la consciencia de la complejidad y en lo simple esencial inherente a ésta: la reivindicación de la vida, de su respeto, del amor hacia el prójimo, la compasión que es compartir este amor. La invitación de Heidegger de vivir en la autenticidad, de una manera más responsable, de recordar a los presocráticos en nuestra unidad con el cosmos, es otra manera de hablar del rescate del sentido de la vida, de su exaltación en una existencia que valga la pena. Haciendo nuestra la pregunta por el ser, o la pregunta pedagógica, en palabras de Freire, nos tomamos en serio nuestra responsabilidad como seres humanos en nuestra patria, nuestro planeta Tierra, el lugar donde acontece nuestra vida. Todo cuanto pensamos y hacemos tiene consecuencias. La temporalidad del ser nos revela que los cambios que ocurren en nuestro alrededor pueden no verse inmediatamente, mas es preciso que aprendamos a ver en la obscuridad del claro del ser, para tener, en palabras de Heidegger, una existencia auténtica. Mientras en el *Dasein* no tenga lugar la comprensión auténtica, no podrá ver el mundo con los ojos del sentido del ser, sino con los de lo trivial, manteniéndose en la comprensión mediana, de lo óntico. Mientras no sea escuchado, mientras no sea visto el mundo y con él, instaurada la pregunta, la decisión, la visión del *Dasein* de sí mismo, no podrá trascender la cotidianidad para ver más allá de esta, y también, gracias a ésta. La inconsciencia con respecto a esto implica el irrespeto y la falta de amor por nosotros mismos, que nos lleva a la existencia inauténtica en Heidegger, mientras que en Morin, nos lleva a la autodestrucción. En última instancia, ambas nos llevan a la desgracia del ser.

Referencias

- Freire, P. (2004) *La importancia de leer y el proceso de liberación*. México: Siglo XXI.
- Heidegger, M. (1998) *Caminos de bosque*. Traducción de Helena Cortés y Arturo Leyte. Madrid: Alianza.
- Iannarella, F. (2011) *Physis, arte y Dasein. Una aproximación a la noción de sentido en El origen de la obra de arte y Ser y tiempo*. Caracas: Trabajo de grado no publicado, Universidad Central de Venezuela.
- Steiner, G. (1999) *Heidegger*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.